-3-

EL CERRO

DE

La Campana.

POR

RUPERTO MARCHANT PEREIRA.

BIBLIOTECA NACIONAL
CHILE
SANTIAGO

SANTIAGO.
IMPRENTA DE «EL INDEPENDIENTE.»
CALLE DE LA COMPAÑIA N. ° 79 P.

1870.

EL CERRO DE LA CAMPANA.

«Era un sonido acompasado, inesplicable, estraordinario, i ese sonido que sin cesar resuena i que en todas partes escucho, me atosiga, me desespera, me vuelve loco.....»

I.

LA PARTIDA.

—¡Arre! arre, cochero! gritaba yo desde el fondo de un coche de alquiler que volaba en direccion a la Estacion, haciendo saltar las piedras i guijarros de la avenida norte de la Alameda.

—¡Arre! arre! repetia el cochero i descargaba golpes i mas golpes sobre dos rocines flacos i enclenques que apénas podian ya con el vehículo, que como he dicho, arrastraban con una velocidad inusitada.

Mi reloj marcaba las siete i veinticinco minutos. Debia embarcarme para Quillota en el tren que partia a las siete i treinta minutos, de aquí mi impaciencia por llegar. i de aquí los huascazos que el cochero menudeaba a mas i mejor.

—¡Dale! dale cochero! ocho reales para tu desayuno, si llegamos a tiempo.

Resonó un violento chasquido i tras éste, otro i otro.

La velocidad creció de punto.

Ya no se oyó sino el rodado del carruaje i los continuos castañeteos del flexible látigo del esperto auriga.

El bárbaro se habia convertido en verdugo.

Azotaba duro i sin piedad a las pobres bestias.

—¡Por fin!—grité yo saltando de aquella prision ambulante, miéntras una multitud de muchachos encasquetados con bonetes rojos en los que se veia brillar una placa de bronce con su correspondiente número de órden, me rodeaban, me acosaban i sacaban de paciencia.

Uno me tomaba la maleta, el otro, la caja del sombrero; aquél, mi saco de noche; éste, mi baston.

—¡Un lado! un lado!—esclamó de repente con voz estentórea i de mando el que llevaba el número siete i que era el que habia conseguido apoderarse de la maleta.

—El patron me ha tomado a mí. Acá el

saco, número diez; acá el sombrero número cuatro!

Poco a poco, aquel enjambre se disipó, i poco a poco tambien se alejó aquel molesto e incómodo run-run.

La máquina «Porvenir,» humeaba enganchada ya a los cinco o seis carros que no tardaria en conducir.

Corrí al anden, me lancé a la boleteria.

—¡Uno de primera a Quillota!

Oyóse dentro un golpecito metálico i... guardé mi boleto.

Treinta segundos despues, yo estaba en el wagon, sofocado, traspirante.

—*¡La República!*

—*¡El Ferrocarril!*

—*¡El Independiente!*

¡*La Libertad!* gritaron a la vez cuatro voces chillonas i atipladas.

—Fuera el cuarteto! fuera!

—¡Novelas de Paul de Kock! El Almanaque Divertido! El *Número Trece* de Blest Gana! repetia una quinta voz afinada en dó bemol, al mismo tiempo que una mano impertinente, me ensartaba por los ojos, libros, cuadernos i papeles.

—¡Uf! quita allá muchacho!

—¡Una limosna por amor de Dios! dijo una pobre anciana, alargando una mano macilenta i temblorosa; una limosna por caridad!

Saqué la cabeza fuera del carro.

—¡Oh! que miseria! esclamé al ver a una infeliz mujer rodeada de tres chicos a cual mas andrajoso i harapiento.

Meti la mano al bolsillo de mi chaleco,

Dos pesetas nuevas cayeron en el delantal de la infeliz.

—¡Gracias, gracias, patroncito! Dios se lo pague!

Nunca he visto un semblante mas reconocido i alegre que el de aquella mujer.

Miraba las monedas, miraba a sus chicos, levantaba los ojos al cielo i luego me mostraba a mí.

Resonó un silbido agudo, prolongado.

¡Los boletos! gritó álguien en la otra puerta del carro.

Solo entónces vine a notar que no estaba solo: dos personas mas estaban arrellenadas en los rincones.

—¿A Quillota? preguntó el conductor.

—¡A Quillota! contestamos a duo, yo i el otro señor, miéntras mi tercer compañero

de viaje, digo mal, mi compañera, pues era una mujer, se envolvia en un largo i rico chal de cachemira.

Oyóse un segundo silbido.

La máquina lanzó ocho o diez bufidos, i....partimos.

II.

MARY I GEORGE.

Hubo un momento de silencio durante el cuál solo se oyó el sordo i monótono, ruido de las ruedas i los chillidos de los ejes i de los pernos de fierro, al ser frotados i comprimidos contra el fierro.

Los álamos huian a nuestra vista, las casas desaparecian como el relámpago. Santiago quedaba en nuestras espaldas. La

máquina devoraba las distancias. Por minutos, aquella distancia se iba prolongando, prolongando. El señor del rincon, no habia hecho el menor movimiento. Cubierto con un confortable gorro de lana; embozado en un cachenez a cuadros; metidas sus manos en grandes guantes de gamuza, permanecia impasible aspirando con voluptuosidad el suave aroma de un riquísimo habano i siguiendo con la vista las espirales i ondulaciones del humo que arrojaba por boca i narices. Sobre sus rodillas habia colocado varios números del *Times* i sobre su cabeza, pendiente de un gancho, una tercerola o licorera que se balanceaba i se balanceaba siempre.

Comencé a sospechar que mi compañero fuese quizas un ingles, sospecha que no tardó en convertirse en certidumbre, luego que hube examinado atentamente esa fisonomia estóica e inalterable.—Figuraos un

hombre de unos cuarenta i cinco años; alto, delgado, pero macizo i huesudo; una cara un si es no es redonda con esponjadas i negras patillas; pómulos salientes i pronunciados; ojos pequeños, pero penetrantes i vivos; labios delgados i ásperos; nariz aguileña; frente ancha i despejada. Ahora bien, sobre la piel que cubre este rostro, echad un lijero barniz de sonrosado carmin, i tendreis a mi individuo.

Vis-a-vis, i como envuelta en una misteriosa atmósfera, misterio que rodea siempre a la mujer, permanecia silenciosa i meditabunda, la tercera persona de esta escena. Bajo el chal de cachemira, se veia un elegante vestido de seda, color esperanza. Bajo el vestido asomaba un piececito el mas mono i lindo. Sobre el chal se destacaba una cabeza, ¡oh! una cabeza de querubin. Llevaba mi compañerita un sombrerillo de terciopelo negro un tan-

to inclinado sobre la frente i coronado por una hermosa pluma blanca. Le caia sobre el rostro un velo finísimo i delicado que dejaba traslucir unas facciones que no titubearia en llamar divinas: ojos grandes, rasgados i azules, tan azules como el azul del cielo; una nariz que Rafael ideaba para sus vírjenes; una boquita sonrosada, preciosa; unos dientes menudos, apretados, blancos, parejos; unas mejillas en las que se formaban dos oyuelos fascinadores; una garganta llena de encantos i cayendo sobre su cuello, una cabellera rubia, ondeante, perfumada. Nada digo de una cierta melancolía, ternura, romanticismo o no sé qué de encantador que hacian de mi compañerita de viaje, como un ser ideal, fantástico.

Permanecimos largo rato mudos i silenciosos. El ingles habia desplegado uno de los números del *Times* i lo leia al parecer

con atencion, lo que no impedia sin embargo que de vez en cuando alzase un poco la vista i fijase mis ojitos pardos ya en ella ya en mí. Ella cinco o seis veces habia dejado escapar una vaga sonrisa i esto habia sucedido siempre que sus ojos se habian encontrado con los suyos. Aquella situacion no podia durar.

Estaba impaciente por entablar conversacion i romper aquel tenaz silencio.

Por fortuna, el cigarro de mi individuo se apagó (siempre ha sido el cigarro considerado como un soberano recurso en los lances apurados.) Buscaba su caja de fósforos. Yo, atento a sus menores movimientos, me anticipé a satisfacer su deseo, presentándole un fósforo encendido. Esto pareció complacerle, me miró con satisfaccion, encendió su habano i me dió las gracias con un gutural i lacónico—«I thank You»--

Yo, que solo aguardaba esta ocasion, me deshice en cumplidos. El señor abrió tantos ojos, se enderezó en su rincon, dobló el *Times* i....entablamos conversacion. Es el caso que yo le habia contestado en su idioma. Mi desconocida hizo tambien un movimiento, como si hubiese sido ajitada por una conmocion eléctrica. Poco a poco fué animándose nuestra conversacion. El viaje que hasta entónces habia sido un tanto cansado i monótono, se hizo agradable i lleno de atractivos. Al cabo de una hora, ya éramos como antiguos i viejos conocidos. Mary, que tal era el nombre de mi hermosa compañera, no cesaba de hablar i reir. George, su padre, pues el señor del rincon lo era en efecto, estaba como embobado al ver a su hija tan alegre i espansiva.

—¡Oh! my dear, me decia, desde hace cinco años, es la primera vez que la veo tan contenta!

—¡Es natural, es natural! contestaba yo, la esperanza de volver pronto a su patria i de volver a encontrar los antiguos compañeros de su infancia, su ciudad natal, su hogar....

Mary me miró de un modo estraño, sus ojos azules se clavaron con insistencia en los mios. Sentí en mi interior una corazonada violenta; ella me miraba, me miraba siempre.

¡Oh! solo ahora que ella está léjos, tan léjos; solo ahora que el océano nos separa, he venido a comprender el por qué de aquella profunda i celestial mirada.

Nuestra conversacion se hizo mas viva. Antes de llegar al Tabon, la mas franca confianza i la mas cordial armonía, reinaba ya entre nosotros.

George con una verbosidad sin ejemplo, me habia puesto al corriente de toda su

vida. Era un viejo capitalista ingles. Habia tenido la desgracia de perder a su esposa. Esto i el amor que profesaba a Mary, su hija única, lo habia obligado a partir para el estranjero i a buscar en mejores climas, no solo el consuelo tan necesario a su alma acongojada, sino tambien la salud de su preciosa Mary, de esa mitad de su alma, a quien habia postrado la pérdida de su idolatrada madre. Cinco años hacia viajaban de esta manera: habian visitado una gran parte de la América. Por fin, habian venido a Chile. Dos meses hacia estaban en Santiago, ahora partian de nuevo para el Viejo Mundo. El vapor *Cordillera* debia salir el miércoles 13 de abril i estábamos a 11; ántes de embarcarse habia resuelto detenerse un dia en Quillota, para despedirse de William, un amigo i compatriota suyo, que residia allí.

Esta era la historia de George.

Mary muchas veces se habia mezclado en nuestra conversacion. Su voz arjentina resonaba con delicia en mis oidos, gozaba con oirla hablar, sus ojos azules se fijaban en los mios, pero de una manera tenaz, irresistible, magnetizadora. Esa mirada de fuego, me quemaba el alma.—¿Por qué me miraba asi?....

Comenzábamos á trepar la rápida pendiente del Tabon.

Me asomé a la ventanilla.

La locomotora arrojaba torrentes de humo i vapor.

Los rieles crujian bajo su peso; las paancas i los ejes rechinaban.

Ibamos con una rapidez vertijinosa.

Los peñascos, los postes del telégrafo, as casuchas esparcidas por acá i por allá, lesfilaban como el viento.

Por un instante me olvidé de mis compañeros i permanecí apoyado en la portezuela.

El terreno parecia animarse a nuestro paso i como un torrente murmurando se deslizaba bajo las ruedas que jiraban, jiraban sin cesar.

Un polvo menudo i espeso, nos envolvia como en una nube.

Los animales huian despavoridos i, encabritándose i bufando, se separaban al acercarse aquel mónstruo de venas, articulaciones i miembros de acero, aquel mónstruo cuyo movimiento, modo de ser i vida, en fin, dimanan solo del fuego i del vapor.

La locomotora comenzó a silbar, pero de un modo estrepitoso, atronador.

Yo miraba siempre.

Con la cabeza descubierta, la vista escudriñadora, la respiracion anhelante, permanecia estasiado i mudo.

Lo inmenso i lo infinito me envolvian entre sus arcanos.

Debí hacer algun movimiento raro o dejar escapar alguna esclamacion.

—¿Qué tiene Ud? me preguntaron a un tiempo George i Mary.

—Nada, nada, contesté, asustado de semejante pregunta, porque no me daba cuenta de lo que me sucedia i luego tratando de disimular.....es que, añadí.... es que, ya estamos cerca del primer túnel.

En efecto, segundos despues, ya estábamos completamente a oscuras.

Ibamos perforando una montaña.

—¡Ai! esclamó Mary i por un movimien-

to instintivo se tomó de mi brazo.

El roce de aquella mano, el contacto de aquel ánjel me hizo estremecer.

Cuando volvió a brillar la luz, los ojos azules de Mary estaban siempre fijos, fijos en los mios.

George nos contemplaba distraido. En sus labios se dibujaba una estraña sonrisa.

Llegamos al puente de los Maquis.

Los tres nos agrupamos en la ventanilla.

—¡Soberbio! esclamó George.

—¡Imponente! repetí yo.

—¡Tengo miedo! murmuró Mary i su delicada mano volvió a oprimir mi brazo.

I volvimos a entrar a otro i otro túnel.

Cuando salimos por tercera vez a la luz del dia, encontré un clavel rojo en el ojal de mi paletot.

¿Quién lo habia puesto ahi?....

Los ojos azules me miraban con pasion.

He oido decir que el lenguaje de los ojos es el mas elocuente i a fé que tienen razon.

Le dí las gracias a Mary con un lijero movimiento de cabeza.

Ella lo comprendió sin duda: la ví sonrojarse i luego palidecer.

George distraido en apariencia, encendia un sétimo habano.

—¡*La Patria* de hoi! *El Ferrocarril* de hoi! Agüita fresquita! Biscochuelos, bisco-

chuelos! Todas estas voces resonaron a un tiempo en nuestros oidos!

Salté de mi asiento.

Acabábamos de llegar a Llaillai.

III.

¿I ESE NOMBRE?....

Omito los detalles de nuestra permanencia en esta estacion, detalles por demas de todos conocidos, porque, ¿quién no ha viajado alguna vez? ¿quién no conoce lo que es esa vida de los que van i vienen de un punto a otro i que como las aves, solo se posan algunosminutos aquí o allá?..

Seria hacer una repeticion inútil i cansada.

Baste diga, que en el «Smith Hotel,»

tomamos un lijero almuerzo, almuerzo que como te habrá sucedido alguna vez a ti, amado lector, de todo tendrá ménos de suculento, i del que léjos de reportar algun provecho, solo queda disgusto i desazon, amen de las peladuras que casi siempre resultan en la lengua o en el paladar, por tener que tragar mas que de prisa, pues a cada instante uno cree sentir la señal que anuncia la llegada de un tren o la partida del que nos conduce.

Volvimos pues a instalarnos en nuestros asientos del wagon.

Tomé colocacion al lado de Mary i frente a George.

El tren volvió a ponerse en movimiento i luego comenzamos de nuevo a correr i correr.

Despues de algunos instantes de silencio

George dormitaba.

Miré a Mary, ella tambien me miró.

¿Acaso nuestras almas se comprendieron?....

—¡Mary! dije a media voz.

—¡Chit! repuso ella poniendo en sus labios de guinda un dedo torneado, blanco, pequeñito.

Miramos a George; comenzaba a roncar. El habano que apretaba entre sus dedos, se le habia apagado.

Mary alzó su velo de muselina.

¡Qué rostro tan divino!

—¿Ha amado Ud. alguna vez?... me preguntó ella.

—¡Señorita!...balbucié yo, atónito i perplejo ante aquella lacónica i resuelta pregunta.

—¿Ha amado o ama Ud.?, volvió a repetir.

—¡Señorita!....tartamudeé yo, inquieto, irresoluto i sin saber que responder.

—Contésteme Ud. sin rodeos; pero, por piedad no me engañe. ¡Dígame la verdad, la verdad!

La sangre afluyó a mi cerebro, una nube pasó por mis ojos. Un sudor frio corria por todo mi cuerpo.

Era preciso contestar i era menester decir la verdad.

Mentir en aquella ocasion, mentir a esa pura e inocente niña que me preguntaba si yo habia amado o si amaba, hubiera sido una infamia.

Tomé una resolucion estrema, decidida. El corazon me palpitaba con violencia, las sienes me latian, sentia el pecho oprimi-

do i en los ojos un ardor que casi me hacia saltar las lágrimas.

—¿I bien?...repuso ella.

—¡Yo amo! fué mi respuesta.

—¡Cómo! Ud. ama?

—¡Sí, señorita, con pasion, con locura!

Mary comenzó a ponerse pálida, su semblante se contrajo i tomó una espresion reconcentrada, triste, lúgubre.

—¿I seria indiscrecion si yo le preguntase a Ud. el nombre de la mujer a quien Ud. ama?

—No es una mujer, que es un ánjel, le contesté yo, una niña que apénas si diez i seis veces habrá visto reverdecer los claveles i los jazmines. Una niña encantadora, preciosa.

El velo de muselina cubrió el rostro de

Mary; una lágrima silenciosa, única, se balanceaba en sus pestañas.

—I esa niña, balbuceó ¿le corresponde a Ud?

—No lo sé.

—¿Es posible? i entónces?

—Ahí verá Ud. qué clase de amor es el mio. Es un amor ideal, purísimo, de esos que el mundo llama platónicos. Nunca he hablado con ella, i sin embargo conozco el sonido de su voz, converso horas enteras con ella i horas enteras la adoro i la contemplo. Nunca he tenido sus manos entre las mias i sin embargo yo las siento, las palpo i las estrecho. En todas partes la veo. Su imájen está grabada en mi alma. Su nombre lo veo escrito por do quiera. Los árboles al ser ajitados por el viento, la nombran i tambien las aguas murmurando

en los arroyos i las avecillas al trinar en la espesura o al hender el aire con sus cortantes alas. Ese nombre está ahí en el cielo, aquí a mi lado, en todas partes, en fin. Al moverse la locomotora, veia escaparse ese divino nombre, en medio del penacho de humo que lanzaba por su chimenea, como lo veo ahora en las paredes de este carro i hasta en los pliegues de vuestro vestido.

—¡Ah! esclamó Mary conmovida i palpitante, ¿i ese nombre, ese nombre, cuál es?

—Me acerqué a ella i murmuré bajo, mui bajo i en un tono apénas perceptible ese nombre sagrado, ese nombre que envuelve un mundo para mí, puesto que es el centro de todas mis esperanzas, de todos mis ensueños, de todas mis ilusiones.

—¡Oh! dijo ella, que se habia incorpo-

rado, cayendo de nuevo sobre los cojines de su asiento, ¡el nombre de mi madre!

—¡Singular coincidencia! repetí yo, pasando un pañuelo por mi frente bañada de sudor.

Todo quedó en silencio.

Mary permaneció sumida en una profunda reflección. Sus ojos azules estaban velados por sus párpados color de rosa.

En este instante un movimiento irregular del tren, hizo saltar del gancho la licorera de George, que fué a caer sobre la cabeza del narcotizado ingles.

—God bless!, esclamó él, brincando de su asiento i llevando a su cabeza una de sus manos.

—¿Se ha hecho Ud. algun daño?, repuse yo.

—¿Te has hecho mal, papá?, preguntó ella.

—Nó, no es nada. Pero a fé que estaba profundamente dormido. Soñaba que nos habiamos desrielado en el puente de los Maquis i que íbamos cayendo, cayendo....

No pudimos ménos de reirnos Mary i yo.

George tomó la licorera i me la presentó, oferta que yo rehusé cortesmente, él en cambio casi la estrujó.

—¡Oh! very good!, ¡delicioso! esclamó sacudiendo algunas gotas que habian caido sobre su cachenez, al mismo tiempo que se quitaba su gorro de lana. Entónces vine a ver que sus cabellos comenzaban a emblanquecer, cosa en que no habia reparado. Se restregó los ojos, i dió unos cuantos bostezos, estiró sus brazos i sus piernas, encendió un habano i se apoyó en la ventanilla que miraba a Occidente.

—What is that?, me preguntó, estirando su brazo hácia una sombra negra i que, como flecha, se destacaba entre la multitud de cerros que rodeaban los campos que atravesábamos.

—Es el Cerro de la Campana, contesté yo, cerro que está a inmediaciones de Quillota. Dicho esto, hice una larga i minuciosa relacion de todas las historias i cuentos que corren sobre esa famosa montaña, cuentos que cien veces habia oido, cuando niño, durante las largas veladas de invierno, miéntras que sentado al amor de la lumbre, la lluvia azotaba los cristales de las ventanas i el viento silbaba al traves de las rendijas de la puerta.

George escuchaba con marcada atencion.

Mary, del mismo modo, no perdia una palabra de mi narracion.

Los ojos del ingles comenzaban a dilatarse de una manera estraordinaria, permanecian clavados, fijos en esa empinada cumbre.

I, si a veces teniamos que recorrer algunas curvas i el cerro desaparecia, no por eso George dejaba de mirar i mirar siempre; cualquiera hubiera dicho que estaba magnetizado. Su rostro entónces se contraia, sus labios se apretaban convulsivamente; pero no tan pronto volvia a aparecer de nuevo el cerro, que una alegria estraordinaria se pintaba en todas sus facciones.

Yo seguia con mis historias.

El interes de mis oyentes habia ido creciendo por grados.

Cuando yo acabé de hablar, ellos me escuchaban todavia.

—¿Con que decis que nadie ha llegado a la cima de esa montaña?

—Nadie.

—¿I decis que es temeridad el quere trepar a esa altura?

—Así es.

—¿I añadis que este peligro es sobre todo mayor i mas inminente que la Semana Santa?

—Así refieren las abuelas en sus cuentos.

—Pues, amigo, estamos en Semana Santa, (en efecto, era Lúnes Santo), i yo he de hacer lo que nadie ha hecho. Antes de partir para Europa, quiero visitar ese cerro, Mary comenzó a temblar.

—¡No ireis, padre mio, dijo, no ireis!

Sí iré, i espero que Ud., anadió dirijién-

dose a mí, tendrá la bondad de acompañarme.

—Acepto, acepto; iré con el mayor gusto.

Hace mucho tiempo que deseaba hacer lo que ahora me propone Ud.

—Pues entónces, apénas lleguemos a Quillota, nos pondremos en camino i espero que mañana, ya sabremos lo que encierran de verdad esas crónicas o historias queacaba Ud. de referirnos i ademas sabremos por esperiencia propia, lo que es pasar la noche del Lúnes Santo en la cumbre del Cerro de la Campana.

La locomotora comenzó a silbar.

Acabábamos de llegar a una estacion.

—¡Quillota! gritó el conductor en la puerta del carro.

Media hora despues, ya estábamos en casa de William, el amigo de George.

IV.

AL PIÉ DEL CERRO DE LA CAMPANA.

Las doce acababan de dar.

George i yo, galopábamos en dos magníficos alazanes.

Hacia mucho calor.

En el arzon de nuestras monturas, llevábamos dos gruesas mantas, i bajo ellas, un par de excelentes revólvers.

Hombre prevenido, vale por dos, dice el adajio, i a fé que el adajio tiene razon.

El camino se hacia monótono i pesado.

A uno i otro lado se estendian intermi-

nables tapias i cercas de piedras o espino. Algunas arboledas i una que otra casa-quinta, de vez en cuando aparecian.

El polvo nos incomodaba sobremanera.

El cachenez de George ahora casi le cubria hasta los ojos, los que le brillaban como carbunclos, fijos siempre en el cerro de la Campana que ya veiamos a mui corta distancia i que como un jigante se elevaba hasta las nubes.

Nuestra cabalgaduras estaban cubiertas de sudor. Habiamos hecho una jornada bastante larga i a un paso mas que regular. Mi alazan tascaba el freno con impaciencia. En vano lo aguijoneaba con las espuelas. Estaba rendido.

Fué preciso hacer alto.

Nos encontrábamos al pié de la Campana i cerca de una vivienda, quizas posesion

de algun inquilino, a juzgar por las pequeñas siembras i algunas plantas de duraznos, higueras, ciruelos i perales que rodeaban el miserable rancho a cuya puerta nos desmontamos.

Cuatro o cinco chiquillos mal traidos i casi desnudos, salieron de aquel chirivitil. Algunos perros comenzaron a ladrar. Una mujer apareció tras un cercado. Era al dueño de casa. Despues de algunas cortesías i saludos i de algunas palabras cruzadas entre la mujer i yo, nos instalamos bajo un hermoso parroncito, donde al cabo de algunos instantes nos sirvieron una suculenta i abundante cazuela. George se saboreaba i protestaba enérjicamente contra el mal gusto de sus compatriotas, que, segun él decia, no solo no saben preparar eso que nosotros los chilenos, llamamos cazuela, pero ni siquiera de nombre la conocen.

La mujer i yo no pudimos ménos de reirnos de la salida de George, que en un santi-amen, se habia echado a pechos, una descomunal taza de la consabida cazuela i ya le menudeaba a mas i mejor a una segunda, i luego arremetió con una tercera.

—¡Oh! very good, very good! repetia, relamiéndose los labios i haciendo castañetear su lengua en el paladar. Yo querer siempre comer cazuela. Mi gustar mucho de esto la cazuela.

El dia avanzaba a grandes pasos. Resolvimos partir.

—¿Adónde van Udes? nos dijo la mujer.

—Vamos a trepar a ese cerro, contesté yo.

—¡Cómo! Udes. van a subir a la Campana i precisamente hoi Lúnes Santo; no

puede ser, no puede ser. Seria preciso estuviesen Udes. locos, señores, gritó la mujer abriendo tantos ojos i santiguándose con devocion, miéntras los chiquillos, asustados al oir a su madre, se agrupaban i colgaban de sus vestidos.—Nó, no irán Udes., añadió, yo se los suplico i les aconsejo no hagan tal disparate.

—Es inútil, señora, contestó el ingles. Hemos resuelto pasar la noche i la noche del Lúnes Santo, como Ud. dice, en la cima de ese cerro. Guarde Ud. nuestras cabalgaduras, déles Ud. un buen pienso i hasta mañana en que espero Ud. nos verá bajar tan buenos i sanos como ahora i sobretodo con mucho, muchísimo apetito, dijo, lánzando una mirada de soslayo a un pucherete que humeaba en el fuego.

—Hasta mañana, repetí yo, tomándome del brazo de George i saliendo de aquella posesion.

—¡Jesus! Jesus! murmuró la mujer; está visto, estos caballeros han perdido el juicio; i se entró en su vivienda, seguida de los niños, no sin hacer ántes, dos o tres veces la señal de la cruz.

V.

¡THAT IS THE QUESTION!

Comenzamos a trepar aquel áspero i escarpado cerro.

Provisto cada uno de un fornido garrote, que nos servia de baston, nos lanzamos diré al asalto de aquella misteriosa montaña.

Era preciso llegar a la cumbre, tal era nuestra determinacion. ¿Lo conseguiriamos?.....

—¡*That is the question!* decia George.

—¡*That is the question!* murmuraba yo.

Un estraño presentimiento comenzó a pesar sobre mi corazon. Sin poderlo evitar, principié a recordar una por una todas las historias que aquella mañana yo habia referido a George. En vano es que trataba de arrojar léjos de mí las tristes ideas i los lúgubres pensamientos que como un torbellino rodeaban i oprimian mi imajinacion; esas ideas i esos pensamientos se hacian mas i mas tenaces i mas i mas terribles e importunos.

George caminaba a mi lado, meditabundo i silencioso. Sus ojos pardos se fijaban en la cima de la Campana. Se conocia que su único i constante deseo, era llegar ahí. Por eso es que habia del todo enmudecido. Yo tambien callaba. Solo se oia lo forzado i anhelante de nuestra respiracion.

Ningun otro rumor venia a interrumpir aquel silencio i aquella soledad que comenzaba a hacerse espantosa e insoportable.

I caminábamos siempre i, miéntras mas caminábamos, mas se prolongaba el camino i mas difícil e interminable se hacia.

Mas de una vez habiamos caido de bruces. Mas de una vez los cardos i las espinas de que aquel cerro se veia sembrado i casi cubierto, habian rasguñado nuestros vestidos i nuestras carnes.

Pero no podiamos detenernos.

Hacia tres horas que caminábamos de esta manera.

El sudor bañaba mi frente. Tenia la boca seca i amarga. La sed devoraba mi garganta.

George me miró i.... se detuvo.

—Aquí podemos descansar un instante, añadió.

Nos sentamos en una roca cortada a pico. Cualquiera que nos hubiera visto en aquella situacion, en aquel lugar i en aquellos momentos, no podria ménos que decir lo que la mujer nos habia dicho al partir.—No hai remedio, estos caballeros han perdido el juicio.

I en efecto, nos hallábamos a una inmensa altura, sentados al borde de un abismo vertijinoso, mareador. Sobre nuestras cabezas se destacaba la empinada cumbre de la Campana; a nuestros piés la inmensa planicie donde está situado Quillota, que veiamos como una sombra, una nube.

La llanura se veia cruzada por infinidad de arboledas i caseríos que aparecian como menudo césped.

El rio Quillota cortaba aquellos campos

como una faja de plata que se enroscaba, se doblaba, se retorcia i luego brillaba con los últimos fulgores del sol que comenzaba a ocultarse en occidente. Este astro lo veiamos de un tamaño estraordinario i de un color rojo. Su disco luminoso, se fué perdiendo poco a poco. Ya no se veia sino un pedacito, pero tan pequeño, tan pequeño que mas parecia una estrella. Por fin, desapareció.

Las nubes del cenit comenzaron a teñirse de color de rosa.

—¡Qué lindo espectácu'o! esclamé yo estasiado ante aquel magnífico cuadro.

—De véras que es sublime, repitió George, presentándome su licorera, que esta vez me apresuré a aceptar i hacerle los honores.

Aquel licor me hizo bien. Me sentí for-

talecido. Mi respiracion se hizo mas fácil. Mis pulmones se dilataron.

Hasta entónces habia tenido calor, comencé a sentirme helado, pero con un hielo que daba escalofrío.

Media hora habria pasado i ya estábamos de nuevo trepando i trepando siempre.

Ahora avanzábamos despacio i con lentitud. No se veia sendero alguno sino las canales que las aguas del invierno trazan en los cerros.

Caminábamos en cuatro piés, agarrándonos de las malezas i de cuantas ramas encontrábamos.

El terreno era mui perpendicular.

Cualquier desliz, i hubiéramos ido rodando hasta la falda de aquella mole.

I trepábamos, trepábamos siempre.

Comenzó a anochecer.

Las tinieblas rodearon los cerros i la llanura.

Nuestra situacion llegó a ser mui crítica. No veiamos sino a mui corta distancia. Todos los objetos tomaban una magnitud asombrosa. Los *quiscos* los veiamos como árboles; las piedras i las rocas parecian seres animados que se alzaban, se inclinaban, se movian. Los arbustos al ser ajitados por el viento, producian un murmullo aterrante, lúgubre.

I las sombras se sucedian unas a otras, i unas a otras se proyectaban, se empujában, se repelian.

Las estrellas brillaron en el cielo.

La luna se levantó sobre los Andes. ¡Qué hermosa, qué hermosa era aquella luna!....

La saludé con júbilo. Ya no estábamos solos.

¿No es cierto que ese melancólico resplandor acompaña i hace mas tolerable la soledad?... ¿No es cierto que el alma se dilata, se estasia i como que se recrea cuando la luna brilla en el firmamento?.... I luego en aquel simpático astro veia tantas cosas, me traia tantos recuerdos.... Ella, la encantadora, la preciosa, la anjelical.... pero no pronunciemos su nombre, seria profanarlo. En ese astro veia yo escrito el nombre que habia pronunciado en los oidos de Mary; yo lo veia, deletreaba sus tres sílabas, recorria sus letras...., i las horas trascurrian así insensiblemente i nuestra ascension se iba por momentos haciendo mas penosa i llena de peligros.

Llegó un momento en que creimos no poder avanzar ni un paso mas.

La tierra i los guijarros se desmoronaban bajo nuestros piés. Adelantábamos un paso i rodábamos dos o tres.

Fué aquel un instante de perplejidad i de angustia.

¿Qué hacer?.....

Seguir adelante no podiamos; retroceder seria una cobardía i ademas ya estábamos casi en la cumbre apetecida.

Los peñascos que coronan ese cerro, se alzaban sobre nosotros, jigantescos i amenazadores. Parecia iban a desplomarse i sepultarnos bajo su peso, como para castigar nuestra osadía.

Habíamos alcanzado un punto a donde quizas jamas se habria posado la planta del hombre.

Parecíamos dos águilas.

Los precipicios nos rodeaban, nos desvanecian.

Las espinas nos punzaban i nos herian el rostro i las manos.

Los peñascos como barreras se sucedian unos a otros.

Era la última lucha de la naturaleza contra el hombre.

Eran los últimos esfuerzos que hacia aquella mole, por rechazar a los impávidos i atrevidos esploradores.

Nuestra ascencion tenia algo de infernal.

Las piedras que se desgajaban, iban rodando con hórrido fragor, hasta perderse en el fondo del abismo, que abierto i negro, negro como la muerte, estaba esperando a sus víctimas.

—¡Ánimo! gritó George, ¡ánimo! que el triunfo es nuestro.

Sentí reanimarse mis abatidas fuerzas. Mis nervios tomaron una enerjía inacostumbrada. Estaba dispuesto a seguir a George hasta lo último.

Mi resolucion no tardó en quedar recompensada.

Media hora todavía.... i, exhaustos, rendidos i casi muertos de fatiga i de cansancio, llegábamos a la mas alta cima de un enorme peñasco, que como una pirámide está plantado en la cúspide de ese cerro.

Acabábamos de cumplir una obra de titanes.

Habiamos escalado aquel muro de granito i esto precisamente en la noche del Lúnes Santo.

George acababa de probar de un modo maravilloso, que era ingles e ingles de pura raza ¿i yo?..... ¿i yo?..... tú lo dirás, lector.

VI.

UNA NOCHE DEL LÚNES SANTO.

Nos tiramos sobre la dura piedra. Ahí permanecimos largo rato. Necesitábamos de ese descanso. Nuestras fuerzas estaban agotadas.

Que nuestra ascension se hubiese prolongado algunos minutos mas, i George i yo habriamos encontrado nuestra tumba.

El frio comenzó a entumecer nuestros miembros. Fué preciso levantarnos.

Buscamos alguna concavidad. Luego encontramos dos grandes peñascos que caidos el uno sobre el otro formaban una especie de hornilla. Comenzamos a cortar i recojer ramas i hojas secas.

La tarea era difícil.

Felizmente la luna nos alumbraba de lleno.

Los atados que íbamos formando, los íbamos reuniendo al rededor del peñasco.

Al cabo de algunos instantes ya teníamos acopiada una regular cantidad.

Separamos algunos haces.

George sacó una caja de fósforos.

Poco despues se levantó una llama azulejа, amarillenta, roja, juguetona.

La llama crecía, crecía con prodijioso rapidez.

La leña chisporroteaba.

Las chispas volaban enmedio de una columna de un humo blanco i espeso.

La claridad de nuestra fogata se esparcia en nuestro rededor.

La figura de George se destacaba entre las tinieblas, alta, fantástica i como de relieve.

Yo seguia echando leña a la hoguera.

Ese calor me devolvia la vida.

Hacia poco nos encontrábamos en esta situacion, cuando allá, léjos, mui léjos i en el fondo del valle vimos aparecer como una luz, al principio pequeña, pero que luego fué creciendo, creciendo. Tras ésta i a una corta distancia, luego apareció otra i otra.

—¿Acaso los campesinos habrán divisado nuestra fogata?, dije a George.

—¡Oh!, sin duda i por eso ellos tam-

bien encienden sus fuegos, talvez para darse la voz de alerta.

—Teneis razon. Ellos, asustados, creerán que son brujos o duendes o que sé yo, quienes han encendido este fuego, que ellos divisarán, sin poder esplicarse la causa.

—Eso es. Pues, señor, sin quererlo vamos a servir de tema de conversacion a estas jentes, que mañana aseverarán i contarán de voz en cuello, que ellos han visto al diablo en la cumbre del Cerro de la Campana.

—I en la noche del Lúnes Santo....

—Cosa que por cierto, añadirá mas misterio a este raro prodijio que ellos por mas que hagan, nunca podrán esplicarse.

George se acercó a mí.

—Vamos; me dijo, es menester que dejemos algun recuerdo, algo que atestigue

nuestra permanencia en este lugar. Tomad, añadió sacando de su bolsillo un instrumento agudo i cortante, tomad i grabad en esa roca el nombre que habeis pronunciado en los oidos de Mary.

Me quedé helado.

Aquel hombre habia oido nuestra conversacion. Nosotros lo habiamos creido dormido i quizas no habia perdido una silaba de nuestras palabras.

— Escribid, continuó, presentándome aquella especie de cincel i una piedra pequeña, pero dura i compacta. Ya tenei todo lo que habeis menester, martillo i buril, escribid!

Fué preciso obedecer.

Me levanté, me apoyé en el peñasco mas encumbrado i en una parte lisa i pulida de aquella roca i mirando hácia el oriente, comencé a grabar las tres silabas de aque

nombre que llevo escondido i oculto i tambien cincelado en el corazon.

George se aproximó a la fogata i quedó sumido en muda contemplacion.

¿Qué pensaba George?....

Yo seguia trabajando; los golpes que daba con la piedra en el cincel, retumbaban sin cesar.

Habia puesto toda mi atencion, todas mis potencias i mi alma toda en aquel nombre que yo mismo trazaba en el peñasco.

Pasó mucho rato; yo seguia trabajando con ahinco, con teson.

Queria que aquel nombre para mí tan querido, ya que debia quedar escrito sobre la cumbre del Cerro de la Campana, lo fuese de un modo estable i sólido. Debia

resistir a la intemperie i al tiempo i por tanto procuraba que el cincel penetrase bastante en la roca.

I así fué en efecto.

El nombre estaba escrito.

Lo contemplé con orgullo; quedé satisfecho de mi obra. Me descubrí con respeto. Mis labios rozaron aquellas letras que yo mismo habia trazado. La piedra estaba fria, mui fria, pero mis labios quemaban como el fuego. George que notó que ya habian cesado los golpes que yo daba al herir el peñasco, se acercó. Su mirada se dilató. Sus ojos se fijaron en aquellas tres sílabas.

—Oh! esclamó, el nombre de mi esposa!....i cayó de rodillas i una lágrima se deslizó por sus mejillas.

Se levantó i estrechó mis manos entre

las suyas i luego con acento solemne añadió:

—¡Pobre jóven! ¿por qué has dejado penetrar en tu corazon, ese amor?....Apénas hemos pasado juntos algunas horas i ya conozco que esa pasion te domina de tal manera, que irremediablemente ella ha de causar o tu dicha o tu desgracia.

—Teneis razon, teneis razon, le contesté yo con amargura i medio fascinado por las palabras de George, de George que tan profundamente iba leyendo en los pliegues de mi alma. Esa misma pregunta me la he hecho mil veces, mas ¡ah! siempre ha quedado sin respuesta.

En este momento se sintió en nuestro alrededor un estraño rumor. El aire se puso pesado i sofocante.

De repente un sonido acompasado, me-

tálico, vibrante, sonoro, hizo helar la sangre en mis venas.

—Oh! esclamó George, ¿habeis oido?

—Yo no sé, pero creo....

Por segunda vez el mismo estraño i rarísimo sonido hirió los aires.

Mis nervios se crisparon. Un sudor frio corria por mi cuerpo. La voz se anudó en mi garganta.

George preparó su revolvers. Su mirada erraba en el vacio. Su brazo se alzó hasta la altura del ojo i.....resonó una detonacion que los ecos del valle, largo tiempo rechazaron, repitieron.

Mi reloj señalaba las doce.

—¡Media noche! dije yo.

—¡Media noche ya! repitió maquinalmen-

te George. Pero, decid, estais seguro de haber oido aquel sonido, aquella campana....

Tan seguro, como que despues he oido resonar la detonacion de vuestro revolvers.

—¡Es estraño! yo nunca hubiera creido..

George casi se fué de espaldas.

Por tercera vez volvió a oirse aquel primer sonido metálico, ronco, semejante al que produciria una gran campana de bronce, cuyo badajo estuviera todo envuelto en algodon.

Era un sonido inesplicable, sobrenatural....a agudo, pues heria hasta el timpano del oido. Grave, pues como un bombo resonaba dentro del pecho. Finísimo como la punta de una aguja, pues aquel sonido lastimaba las carnes, despedazaba el cerebro. Cada campanada retemblaba largo tiempo de un modo angustioso i vibrador, tan

vibrador como una angosta, estensa i delgada hoja de acero, que, puesta en el aire, se ajitase por uno de sus estremos.

Aquel sonido llenaba el aire i las rocas.

Aquel sonido estaba sobre nuestras cabezas, dentro de los peñascos i en las profundidades de la montaña.

Aquel sonido incomparable, estraordinario, inmenso, se oia cerca, mui cerca, casi a nuestro lado. Parecia que ahí mismo una mano de hierro, movia aquel enorme badajo, el que luego iba a encontrar los bordes de la tremenda campana produciendo ese sonido de muerte.

Luego despues el sonido se alejaba, se alejaba i no tan pronto cesaba de resonar el primer golpe, cuando un segundo mas fuerte i acompasado, hacia estremecer la montaña entera.

I la campana invisible seguia tocando.

I ese tic-toc infernal, esos golpes apagados, vivos, amartillados, penetrantes, eléctricos, volvian i volvian siempre. Un brazo de George ceñia mi cintura. Nuestras manos crispadas, apretaban convulsivamente los revolvers. Dos tiros volvieron a resonar.

El tic-toc de aquel badajo envuelto en algodon, pareció salir de nuestros propios cuerpos.

Ambos caimos desplomados, desfallecidos.

La fogata comenzó a estinguirse.

La leña se habia consumido.

Algunos palos medio verdes humeaban i chisporroteaban todavia.

Las cenizas rojas i candentes comenza-

ban a esparcirse en confusos remolinos.

Se habia levantado un viento fuerte que silbaba con furia i estruendo.

Brillaron algunas últimas llamaradas, como brilla una lámpara de aceite, cuando vá a estinguirse o como luce un candil que de repente parece haberse apagado i al cabo de un rato vuelve de nuevo a reanimarse.

El fúnebre tic-toc seguia siempre.

Quedar a oscuras en aquel entónces, hubiera sido horrible.

Un monton de leña quedaba aun cerca de nosotros. Traté de cojer algunos haces para avivar el fuego. No podia moverme. Estaba engarrotado, trémulo, afiebrado. George no me soltaba. Murmuraba palabras ininteligibles; solo pude destinguir en sus incoordinadas fraces, el nombre de Mary.

¡Oh! los ojos azules de aquella niña, se me presentaron cristalinos, puros, divinos.

Oí su voz.

—No vayais papa, habia dicho, no vayais.

I esas palabras habian sido proféticas.

I por eso yo habia tenido aquel estraño presentimiento.

I ahora que yo recordaba estas cosas me desesperaba

Hice un supremo esfuerzo; tomé un tizon i lo arrojé en medio del monton de leña. El viento avivó aquel fuego i en un momento nos vimos envueltos en un inmenso torbellino de llamas.

La campana seguia tocando i ese tic-toc glacial, heria las fibras del corazon, penetraba hasta los huesos. Era un jemido lastimero, profundo; era como un ¡ái! desgarra-

dor. Crei oir voces funerarias i sepulcrales. Me pareció distinguir entre la sombra de la noche i a la claridad de la fogata, esqueletos diformes, fantasmas aterrantes, fatidicos espectros. Mi imajinacion habia llegado a un sumo grado de excitacion. Todo comenzó a desaparecer i a envolverse en nubes opacas i negras. Sin embargo, aun veia los objetos que nos rodeaban. Veia a George, sentia el hielo de su mano, los latidos de su corazon. Veia las llamas de la pira que yo mismo habia encendido, la roca en que habia grabado aquel nombre para mi tan querido, el instrumento que me habia servido de cincel i hasta la piedra que habia hecho las veces de martillo.

Todas estas cosas las veia, las palpaba i sin embargo, no podia, no podia moverme.

De mi garganta se escapaban gritos ahogados incoherentes.

Al fin perdí el conocimiento.

VII.

NO ERA UN SUEÑO

Cuando volví en mí me sentí tan yerto i frio como la roca sobre que descansaba. Mis vestidos i mis cabellos estaban empapados i cubiertos de escarcha. Las manos i casi todos los miembros de mi cuerpo, engarrotados i ateridos.

Quise hablar; pero no pude.

George estaba a mi lado, inmóvil como un cadáver.

Pasaron algunos minutos. No podia darme cuenta de nada. No sabia donde me encontraba.

Comencé a coordinar mis ideas.

Los acontecimientos de la última noche se me presentaron con toda su horrible certidumbre.

Tuve miedo.

George comenzó a moverse; balbucié su nombre. Hice un esfuerzo; me levanté. No podia andar; estaba como mareado.

Volví a llamar a George; este abrió los ojos i se incorporó.

Principiaba a amanecer. El oriente parecia vomitar llamas de fuego. La luna estaba como sangre. Las estrellas se perdian.

—¿Sueño o estoi despierto?, murmuró George.

Los dos revolvers estaban por el suelo; los levanté. En el de George habia dos ti-

ros ménos; en el mio, uno. Era pues una realidad i no una pesadilla lo que nos habia sucedido aquella noche.

La fogata que habiamos encendido, no existia. El viento habia arrastrado con todas las cenizas. Solo quedaban algunos palos medio quemados i las piedras ennegrecidas por el humo.

—Partamos! dijo George.

—Sí; vamos, vamos repeti yo, dirijiéndome a la roca donde creia haber grabado un nombre.

Retrocedí espantado.

Lo que yo pensaba era solo una idea, un sueño....era verdad. El nombre estaba ahí grabado i cincelado profundamente en la roca.

Pasé mis dedos por aquellas letras, las acaricié con amor.

Era el adios de despedida.

Quizas no debia volverlas a ver jamas!

VIII.

GEORGE HABIA DESAPARECIDO....

Comenzamos a bajar.

Una neblina espesa i arrastrada que se levantaba de lo profundo del valle, principió a rodear el cerro de la Campana i a envolvernos en su lienzo de agua i de tinieblas.

Como por encanto desaparecian los peñascos i los arbustos.

Nuestros vestidos se fueron humedeciendo poco a poco.

El pasto i el musgo que llenaba los sen-

deros, se cubrió de cristalinas gotas de rocío que brillaban como diamantes.

I la neblina subia, subia siempre i cada vez se iba haciendo mas impenetrable i mas espesa. No veiamos ni a diez pasos de distancia. George callaba. Algo lo preocupaba. Todo su anhelo era bajar i llegar cuanto ántes al pié de la montaña. Yo lo seguia con trabajo. Sinembargo, bajábamos con una rapidez asombrosa. Casi rodábamos, pues era tan perpendicular la pendiente, que nos costaba mucho poder minorar la velocidad que nos impulsaba i que por grados iba creciendo. Saltábamos los troncos i las zanjas que lo quebrado del terreno a cada paso nos presentaba.

El suelo principió a aparecer tapizado de verdura i de vistosos i variadas flores silvestres. Me agaché a recojer algunas campanillas blancas i azules, que era la flor que abundaba mas. Sus cálices estaban llenos

de rocío que llevé con avidez a mis labios.

Cuando atiné a mirar, George habia desaparecido.

Seguí adelante procurando alcanzarlo. La neblina como un velo todo lo cubria. I yo no podia romper ese velo. Comencé a gritar. Llamé a George una i otra vez. Los ecos del valle repitieron a porfía mi voz i mis acentos.

George me contestó, pero léjos, mui léjos. Me puse a correr hácia donde habia creido oir su voz, gritando siempre.

Pasó una hora. La neblina principiaba a disiparse. Los rayos del sol rasgaron aquella gasa impenetrable.

Estaba casi ronco de tanto gritar.

Corté un coligüe largo i delgado i en la punta até mi pañuelo a guisa de banderola. Esperaba que George veria aquella

señal. Mis esperanzas no salieron frustradas. Momentos despues, entre unas matas de boldo i de espino, ví flotar otra bandera igual a la mia. Apresuré el paso hácia aquella direccion. George estaba ahí sonriendo, pero conuna sonrisa amarga. Nada me dijo. Se contentó con estrechar mi mano i volvimos a caminar.

Cuando llegamos a la cabaña, donde el dia anterior habiamos dejado nuestras cabalgaduras, nuestros relojes marcaban las siete. La mujer i los niños salieron a recibirnos. Los perros se pusieron a ahullar. La mujer nos miraba desatentada i como con recelo. Su marido no tardó en presentarse i junto con él, una multitud de paisanos i de mujeres. Todos nos lanzaban miradas llenas de inquietud i de sorpresa. Las comadres desataron sus lenguas viperinas: los cuchicheos comenzaron, las esclamaciones se sucedieron i luego nos aco-

saron con una verdadera lluvia de preguntas.

Aquellas jentes supersticiosas e ignorantes, no podian convencerse de la ascension que acabábamos de efectuar. Nosotros no referimos nada de lo que nos habiaa contecido, pero nuestros semblantes debian estar mui alterados.

Nos trajeron nuestros alazanes i nos instaron a que partiéramos. Ni siquiera nos dieron tiempo para descansar. Ellos querian alejarnos a toda costa.

Fué preciso obedecer.

Cuando abandonábamos aquella posesion, me pareció oir que algunos decian:

—¡Han hecho pacto con el diablo!

Aun ví que varias mujeres se santiguaron.

George i yo no pudimos ménos de reirnos.

Instantes despues, galopábamos camino de Quillota.

IX.

¡REMEMBER!

La primera persona que salió a nuestro encuentro al enfrentar la casa de William, fué Mary, la simpática Mary. Estaba mui pálida i sus ojos azules, rodeados porsombras color violeta. Aquella niña quizas no habia dormido; talvez habia llorado.

¿Por qué?....

En la casa de William, nos prodigaron mil atenciones i cuidados. Todos se esme-

raban en agasajarnos i en hacer mas agradable nuestra corta permamencia.

El tren para Valparaiso pasaba a las dos cuarenta minutos. A las dos, ya estábamos en la estacion.

La despedida de Mary fué triste i dolorosa.

George no cesaba de hablar con William. Les oí nombrar la Inglaterra.

El tren apareció a la distancia.

Su inmenso penacho de humo, como una negra serpiente se enroscaba i se perdia en el espacio.

Minutos despues ya estábamos instalados en un wagon.

Nos pusimos en movimiento.

Pronto Quillota habia desaparecido i

pronto tambien habia desaparecido el cerro de la Campana....

Aquí debia haber terminado esta narracion, pero prefiero continuar. Puede que algun dia estas mal trazadas líneas, lleguen a manos de Mary i que al recorrer las últimas pájinas de este escrito, recuerde a su compañero de viaje de Santiago a Valparaiso.

Esta idea me anima a proseguir.

—«¡Remember!» me dijo ella al partir, «Remember», le digo yo ahora tambien, pues quien sabe si el tiempo i la distancia que todo lo cubre i lo envuelve todo hasta sepultarlo en la negra fosa del olvido, no habrá ya sepultado mi nombre, borrándolo para siempre de la memoria de Mary!....

X.

¿POR QUÉ LA AMO TANTO?....

Llegamos a Valparaiso.

El «Cordillera» partia al dia siguiente, miércoles 13 de abril.

A las ocho de la noche el equipaje estaba ya a bordo; los pasaportes i pasajes tomados.

Hasta las diez estuve con Mary i George. Ella supo los pormenores de nuestra espedicion. Sin embargo, como todos aquéllos a quienes la he referido, i como te sucederá tambien a ti, amado lector, no quiso creer nada de lo concerniente a aquella campana que habiamos oido resonar i se contentó con repetir:

—Habeis soñado, no hai remedio; habeis soñado. Vuestra imajinacion exaltada, os habrá hecho ver i oir cosas que en realidad no existian.

—No hija, replicó George, eso no puede ser, pues es difícil, mui difícil, que el señor i yo, hayamos tenido el mismo sueño.

Cambié de conversacion. Hablamos del próximo viaje.

Mary se puso mui triste.

Dieron las once; tomé mi sombrero.

—¿Tan pronto se vá Ud? dijo Mary.

—Son las once, hija mia, repuso George i el señor necesitará descansar. Buenas noches, amigo. Hasta mañana.

—Hasta mañana, contesté yo estrechando la mano que Mary sonriendo me pre-

sentaba, miéntras sus labios de coral, deletreaban bajo, mui bajo, las tres sílabas que yo habia grabado en el peñasco de la Campana.

Cuando llegué a mi aposento, la ventana que daba al mar, estaba abierta; la persiana levantada. La luna bañaba toda la pieza.

Me acerqué al balcon i me apoyé en la barandilla.

El mar como un inmenso lago cristalino i tranquilo, reflejaba en sus verdosas aguas la luna i las estrellas que brillaban en el firmamento.

Los buques se alzaban a mi vista, miéntras las luces de los reverberos colocados en lo alto de sus mástiles, se dibujaban en el espejo de las aguas con mil caprichosas i variadas formas.

Las olas venian a romperse a los piés de mi ventana, produciendo un chasquido seco, prolongado.

Mudo silencio envolvia a aquel panorama, pero aquel silencio era elocuentísimo para mi.

¡Valparaiso! ¡Valparaiso! qué de recuerdos trae tu nombre a mi memoria!....

La casa de mis padres; el colejio donde recibí los primeros rudimentos de la ciencia; los años de mi niñez, de mi niñez que tan pronto huyó; los inocentes juegos de mi infancia...., todo, todo se me representó vivo i patente aquella noche.

Volví a ver revivir los dias de mis primeros años, hermoso tiempo que nunca se olvida i que miéntras mas uno se envejece i adelanta hácia el sepulcro, con mas placer recuerda.

Es verdad que a veces esos mismos recuerdos llenan el alma de tristeza por la memoria del bien perdido, pero no obstante gusta volverlos a encontrar, gusta volverlos a ver revivir.

Son amigos viejos que aunque mudos, hablan sin embargo al corazon.

Elocuente es su silencio, elocuente su decrepitud!....

I seguia contemplando ese inmenso océano i mil confusas i halagüeñas ideas ofuscaban mi fantasía.

¡Oh! el mar, el mar!....¡Cómo su vista me hacia recordar aquellos dias del invierno en que miéntras silbaba el viento i mujía la tempestad, yo me lanzaba hácia la playa i trepado sobre las escarpadas rocas, permanecia extasiado sin hacer caso de la lluvia, ni del peligro, miéntras las olas en inmensa vorájine, jigantescas i amenazan-

tes, con espantoso fragor i estruendo, altas como montañas, negras como el abismo, venian a quebrarse a mis piés, cubriéndolo todo de blanca espuma!....¡Cómo recordaba lo que gozaba entónces al oir en las naves el silbato de los marineros, sus gritos de pavor, sus imprecaciones que de vez en cuando alguna ráfaga del norte traia a mis oidos i luego al divisar los mismos buques, ajitados, sacudidos, arrastrados, sumerjidos i vueltos a levantar i a sumerjir por la violencia de las olas!....¡Oh! aquello era majestuoso, imponente, sublime!

Ahora ese mismo mar, estaba límpido i terso.

Estraño contraste, mui diferente por cierto al que presentaba mi alma!

El reloj de la Intendencia, tocó las doce.

Su campana sonora, vibrante me hizo estremecer.

La cumbre del cerro de la Campana se me presentó con todos sus terrores i con todo su misterio.

Aquel sonido tenia algo del que George i yo habiamos oido, solo que este último era mas apagado i semejante, como ya lo he dicho al tic-toc que produciria un badajo envuelto en algodon. Los buques de la bahía comenzaron a repetir aquel toque de media noche. Me sentí conmovido.

Iba a cerrar la ventana, pero me detuvo el melancólico i dulce sonido de un organillo.

Escuché con toda mi alma.

El organillo tocaba un trozo de «Lucía.»

Aquella música me hizo mucho bien.

Aquella música alejó por unos instantes, la tristeza que me abrumaba.

Mi pensamiento, como por encanto, voló a Santiago, se trasladó al Teatro Municipal.

Yo estaba ahí i ella, el ánjel de mi amor, ese ánjel precioso i divino, ese ánjel, único objeto i fin de todas mis aspiraciones i ensueños, ese ánjel cuyo nombre habia pronunciado en los oidos de Mary, tambien estaba ahí, luminoso i deslumbrador, como el mas resplandeciente lucero.

Veia su purísimo semblante, sus fascinadores ojos i su sonrisa celestial.

¡Qué aire de bondad i de dulzura!

Distinguia la cintita negra que rodeaba su encantadora garganta i la rosa encarnada que adornaba sus lindos cabellos.

¡Oh! esa rosa, esa rosa!....la flor de la esperanza!....la flor que yo he cantado en mis trovas.... ahí la encontraba tambien!

¿Por qué se adorna ella con esa flor?....

¿Por qué la prefiere como yo?....

¿Será solo un mero capricho o será qué?

.....

¡Ah! corazon, corazon! reprime tus latidos, apaga ese fuego que te consume, piensa que solo amarguras i desengaños te puede proporcionar ese amor.

Las flores se tornarán en espinas...., i tus ensueños de felicidad i tus esperanzas de una dicha inmensa, se desvanecerán como el humo, i solo te quedará el acíbar i la hiel!....

¡Corazon, corazon! estingue esa llama que te devora, arranca esa pasion que te

domina, ¿no sabes que ese lucero que tú adoras, brilla con demasiado fulgor?.... ¿Nó sabes que nadie puede alcanzar las estrellas del firmamento?....

El organillo habia cesado de tocar.

Las tiernas i doloridas notas de ese sentimental trozo de «Lucia», me habian herido el alma.

Las lágrimas saltaron a mis ojos i sin saber por qué, lloraba, lloraba como un niño....

XI.

A BORDO DEL «CORDILLERA.»

Mi sueño debió ser profundo, porque cuando disperté, la claridad que entraba al traves de los cristales de la ventana,

me hizo conocer que el sol debia estar ya mui alto sobre el horizonte.

En efecto, era tarde, eran cerca de las diez. Me levanté sobresaltado.

Mary i George, me esperaban ya.

Almorzamos juntos i luego nos dirijimos al muelle.

Una multitud de jentes de todas clases i condiciones, se agolpaba en las escaleras.

Los botes se chocaban, se apretaban, se confundian.

—¡Aquí patron, aquí está su bote!

—¿Vamos al «Cordillera», señor?

¡Ala a babor!, ¡si, a estribor!, gritaba un piloto, dirijiendo una falúa que llegaba a ocho remos.

—¡Alza timonel!, atraca a ese costado!

—¡Aquí la carga!, acá esos bultos!

—¡Paso, paso! por aquí caballero!

—Un lado señorita.

Alguien me tomó fuertemente por las espaldas; era Eduardo, un amigo i compañero de colejio.

—¡Hola, Eduardo!, ¿tambien te embarcas hoi?

—Sí, por desgracia.

—¿Para Inglaterra?

—Nó, voi a Francia.

—¿I volverás?

—Lo dudo. ¿I tú te vuelves pronto a Santiago?

—Sí, mañana. Solo he venido a dejar algunos amigos.

—¡Oh! ¡qué feliz eres!

—¿Yo?....¿I por qué?

—Porque te quedas.

—¡Hombre!

Cuando vuelvas a la capital, saluda a todos mis compañeros; díles que a todos los llevo en el corazon i que se acuerden de mí, que no me olviden.

—Asi lo haré.

Volví la cabeza, Augusto, otro compañero de estudios, estaba ahí.

Nos dimos un fuerte apreton de manos.

El tambien se iba.

Ambos me acosaban a preguntas, no cesaban de hacerme encargos i mas encargos.

Estaban mui tristes.

Ya se vé, debe ser mui duro el tener que abandonar su patria, su ciudad natal, su familia, sus amigos, sus conocidos i hasta....la prenda de nuestro amor!

—¡Al bote, al bote! gritó un marinero alto, corpulento, fornido.

—¡Hasta luego!, dije a Eduardo i a Augusto dejándome caer al lado de Mary que estaba ya colocada junto a su padre.

Los marineros comenzaron a bogar.

El muelle i la ciudad comenzaron, a alejarse.

Mary no cesaba de mirarme. Sus ojos azules revelaban un mundo de ternura.

George callaba.

I nos acercábamos del «Cordillera», que majestuoso se alzaba delante de nosotros. El llegar hasta el costado del vapor, era

cuestion árdua, pues eran tantas las chalupas i botes, que apénas si se veia posibilidad de poder romper aquella barrera.

Despues de inauditos esfuerzos, llegamos, por fin, sobre cubierta.

¡Qué ruido!, ¡qué movimiento!, ¡qué confusion!...Aquello era un enjambre de avejas. Unos iban, otros venian, aquéllos subian, éstos bajaban. Los marineros corrian. Los oficiales impartian sus órdenes; sus silbatos señalaban la maniobra.

I los pasajeros seguian llegando i junto con ellos, los conocidos, los amigos, los parientes, los hermanos.

Bajamos al comedor.

Un grupo de jóvenes al parecer estranjeros, estaban al rededor del piano. El champagne espumaba en las copas.

Entonaron la Marsellesa i brindaron chocando los cristales en que chispeaba el licor.

Sus gritos, sus esclamaciones, sus cantos, me hicieron mal. Aquella frenética alegría era un sarcasmo horrible i cruel.

Salimos de ahí.

El tiempo habia trascurrido velozmente. ¡Se hacen tan cortos los instantes que pasamos al lado de las personas que nos son queridas!....I cuando esos instantes están contados, i cuando el péndulo va marcando los segundos, los minutos, i ese péndulo que nadie puede detener, anda i anda siempre. ¡Oh! entónces, parece que una mano invisible empuja i apura esos momentos que quisiéramos no terminaran nunca!....

Habia vuelto a encontrar a Eduardo i a Augusto.

Nos dimos un abrazo, el abrazo de despedida.

El «Cordillera» comenzó a lanzar por su enorme chimenea, negros penachos de humo.

Se oyó un repique. Era la primera señal.

La cubierta comenzó a despejarse.

Bajamos al camarote de George.

Mary no se habia separado de mí. Nuestra conversacion habia sido triste, mui triste.

Cuando bajamos una escalerita de caracol i atravesamos un estrecho pasillo, oprimió con fuerza mi brazo. Sus delicados dedos apretaban un papel que me presentó diciéndome esta sola i única palabra: «¡Remember!» i....desapareció.

George i yo habiamos quedado afuera del camarote.

Resonó un segundo repique. Era la segunda señal.

El «Cordillera» comenzó a bramar.

George clavó en mí sus ojos; su mirada era intensa, dolorosa.

—Amigo, me dijo, ¿ois esa campana que como un eco funerario, anuncia nuestra separacion?...¡Ah! ese acento no cesará nunca de resonar en mi alma. Vos tampoco lo podreis olvidar, él nos traerá siempre a la memoria, aquel misterioso sonido que hirió nuestros oidos en la noche del Lúnes Santo. Pues bien, ya que esto ha de ser asi, que al acento de las campanas, se unan siempre nuestros nombres, que ese acento os recuerde a vuestros compañeros de viaje, a George i a mi querida Mary!.., dijo i me estrechó contra su pecho, con

frenesí, con locura. Los sollozos lo ahogaban i a mí tambien. Me arranqué de sus brazos i afiebrado, delirante, me lancé sobre cubierta.

Momentos despues, ya estaba en mi bote, pero ¡ai! estaba solo!

Oyóse un tercer repique. Era el último.

Los marineros trepados sobre las vergas i las jarcias, alzaron el ¡hurra! de despedida.

Un cañonazo hirió los aires.

El «Cordillera» acababa de abandonar su fondeadero. Tras si iba dejando una blanca estela semejante a la que dejan las aves al azotar las aguas con sus alas.

De pié i con la mirada clavada en uno de los portalones del buque, hice señal a los

remeros para que siguiésemos el vapor.

Una mano blanca, pequeñita, salió por el portalon que yo miraba. Esa mano comenzó a ajitar un pañuelo blanco.

Yo me descubrí enternecido i ajité mi sombrero sobre mi cabeza.

Fué el último adios.

El «Cordillera» se iba alejando, alejando....

El pañuelo blanco se ajitaba todavía.

—¡Mary! esclamé, ¡Mary! repetí, cayendo desplomado en los asientos del bote.

El pañuelo acababa de desaparecer.

En el ojal de mi paletot, marchito i mustio, estaba el clavel que ella me habia regalado al atravesar el túnel del Tabon. En mis manos tenia el papel que ella me entregó al partir. Lo desdoble. ¡Creí soñar!

El nombre del ánjel que yo adoro, estaba escrito ahi i estaba escrito por la mano de Mary!

Las letras de aquel nombre, se destacaban entre guirnaldas de flores, trazadas, se conocia, por una mano temblorosa i tímida.

Aquella última manifestacion de Mary, me conmovió hasta hacerme derramar lágrimas. No me cansaba de mirar aquellas letras; parecia queria identificarme con aquel papel, o mas bien diré, con aquel nombre.

El «Cordillera» llegó a la puntilla, que por el lado de Playa-Ancha, se avanza hácia el mar.

Comenzó a perderse tras la puntilla.

Ya no se veia sino una parte de la popa.

I se perdia siempre.

Ya no se sivisaba sino la estremidad de uno de sus mástiles.

Por fin....desapareció.

Nos dirijimos a tierra.

Cuando llegué al hotel, estaba medio atontado. Me encerré en mi pieza. Ahi me llevé meditando horas enteras.

El papel de Mary lo tenia en mis manos. Aquel papel era para mí como una joya: lo doblé con cuidado i lo guardé con veneracion.

Lo conservaré siempre.

Al dia siguiente partí para Santiago.

Solo un consuelo animaba mi desfallecido ánimo: iba a volver a ver a mi ánjel.

Cada minuto, era un paso mas que me

acercaba hácia el lugar donde ella estaba.

A las cinco desembarcaba con toda felicidad en la Estacion.

Era Juéves Santo.

Las calles se veian atestadas de mujeres cubiertas de mantos, i de hombres del pueblo que se apresuraban a recorrer i a visitar las iglesias.

No se veia un solo carruaje.

Reinaba un silencio relijioso, solemne.

XII.

¡ELLA, SIEMPRE ELLA!

.....

.....

Muchos dias han pasado.

A ella la he vuelto a ver muchas veces.

Cada vez mas encantadora, mas divina.

Su vista me hace vivir; su presencia me reanima.

Cada dia la amo mas.

En este amor están cifradas todas mis esperanzas.

El será el único lenitivo que aliviará mis sufrimientos, el único consuelo que tendré en mis pesares, el único bálsamo que podrá cicatrizar las heridas con que mas tarde un atroz destino pudiera lacerar mi pobre corazon. Como me lo dijo mui bien George, este amor ha de causar o mi dicha o mi desgracia.

Este amor es imperecedero, es eterno, i por tanto, ni aun con mi existencia podrá concluir; él me acompañará hasta mas allá del sepulcro!!...

Junio 6 de 1870.

FIN.